

## CLARA: LA MUJER MAS ALLÁ DEL VOTO.

**Lausana. Suiza. 1958.**

En el desarrollo del Congreso Internacional de Mujeres Juristas, María Telo, jurista española que será años después una de las responsables de convocar la Comisión de Codificación para eliminar la tutela femenina del Código Civil, se reúne en carne y hueso con su ídolo, Clara Campoamor, la mujer que inspiró su vida y una de las fundadoras de la asociación organizadora del congreso. Las dos mujeres, en un gesto muy español, se quitan la palabra para hablar. A pesar de la enorme educación de ambas y su corrección política, las ganas de saber, de conocer, hacen que las dos se lancen preguntas la una a la otra casi sin escuchar la respuesta. Se harán grandes amigas, aunque su amistad se desarrollará especialmente de forma epistolar, para acortar la distancia.

María, mucho más joven, se ha hecho abogada por su admiración por Clara. Ya antes de la guerra quería ir a Madrid a conocerla y unirse a su grupo y al de Victoria Kent, a sumarse a las mujeres que luchaban por las demás mujeres. Quería que dejaran de mirarla mal cuando conducía el coche de su padre, vestida con pantalones, por las carreteras de Cantalpino, en Salamanca.

Ahora que ha conocido a Clara, todo le parece irreal. "Inenarrable", será la palabra que use en sus memorias. Ser ella, María, quien le traiga a Clara noticias de España; aunque sean noticias tristes, aunque rompa los anhelos de Clara

cuando le dice que la dictadura ni se ha acabado ni se acaba. Que va a durar, que va para largo.

Le dice también María que en España sólo algunas mujeres se acuerdan de Clara, pero ella ha leído toda su obra, sus intervenciones parlamentarias,... su prosa brillante, impoluta, inteligente. María admira en Clara cuán brillante es en la argumentación, la rotundidad de su mensaje político; esa cierta vehemencia en lo que le apasiona y esa cierta ingenuidad que, para ser política, le augura más de una herida y una traición inmerecidas. Se da cuenta María de que Clara ha sido así de genuina y así de inocente. Lo percibe en muchas cosas. No sólo quedó reflejado en el estallido de la guerra, cuando Clara fue traicionada por derechas e izquierdas. Lo percibe en su idealismo. Solo la inocencia nos permite perseguir ideales para otros imposibles.

- “Eres admirable, María”, dice Clara. “Te agradezco tu pasión por mí; creo que sólo se sentirán así las actrices de Hollywood ante sus admiradores. Pero te digo una frase que le gustaba mucho a Maura, o eso me decía un buen amigo, Vicente, pues yo nunca se la oí: “No critiques mi progreso, si no conoces mis esfuerzos y no envidies mis victorias, sin conocer mis fracasos”. Y han sido tantos mis fracasos...”
- “No hablemos hoy de fracasos”, dice María. “Cuénteme cómo vivió el 1 de octubre de 1931. El día de la gran votación a favor del sufragio universal, o lo que es lo mismo, el día que por fin nos dieron poder para votar todas las mujeres, y no sólo las solteras trabajadoras y las viudas.”

- “Ese día fue magnífico. Gané el sufragio universal. Pero ya se ha contado todo lo que se puede contar y se ha especulado más de lo debido. Déjame que te cuente un recuerdo que me viene a la cabeza de un día algo posterior. El 1 de diciembre del mismo año, 1931, cuando, tras mi triunfo en octubre, mis adversarios quisieron ponerme una nueva trampa para limitar los derechos que habíamos ganado el 1 de octubre... De ese día tengo también bonitos recuerdos personales, de cómo me preparé para entrar en la sala. De cómo vino a recogerme mi amigo Vicente. Se había presentado una nueva enmienda, nada más ganar yo la primera votación, la propia Victoria Kent entre otros pedía que las mujeres no votasen en unas elecciones generales, como habíamos aprobado. Les parecía un experimento muy peligroso. Quería que se hiciera una prueba en pequeño en unas elecciones municipales. Querían saber primero qué votarían las mujeres y si les gustaba el resultado, las dejarían votar en las siguientes generales. Y si no les gustaba, ah, si no les gustaban, pretendían retirarnos el derecho al voto. Un insulto a la mujer fue aquello. Pero no me dejé engañar. Volví a ganar la votación y ese día cambió mi vida. Mucho más que el 1 de octubre. Gané de nuevo y no prosperó la moción, pero todos me abandonaron y me culparon personalmente cuando las izquierdas perdieron las elecciones generales. Fue un punto de inflexión que nunca pude revertir”.

- “La escucho muy atenta”, dice María, dispuesta a escuchar la historia sin interrumpir con sus preguntas y sus dudas de ferviente admiradora.

**Madrid, 1 de diciembre de 1931.**

Hace poco que ha llegado el agua corriente a mi bloque. En vez de asearnos cada uno en nuestro dormitorio, ahora han puesto un baño común en mitad del pasillo; donde antes estaba la alacena. Tenemos una hermosa bañera de porcelana, exenta; tiene dos grifos, uno para el agua fría y otro para la caliente! El agua se mezcla una vez vertida en la bañera. Me resulta muy curioso ese funcionamiento. Lo había visto antes en casa de las familias más pudientes, no pensé que por fin lo vería en mi propia casa. No soy una mujer rica, pero ahora soy famosa; todo se debe a la votación del 1 de octubre en el que se ha aprobado el voto femenino universal. Hay hombres que me odian, y mujeres que me odian. Y luego únicamente unas cuantas mujeres que agradecen lo que he hecho por ellas.

En la bañera, el agua tibia mezclada con el jabón de matanza de mi madre me trae recuerdos de infancia. El olor a limpio me recuerda siempre a mi padre, que se frotaba las manos con agua y jabón una y otra vez hasta que lograba borrar las manchas de tinta del periódico donde trabajaba. Siempre recuerdo nuestra última conversación, antes de su muerte, cuando yo sólo tenía diez años. Me dijo que no fuera demasiado lista, porque asustaría a los hombres. Y luego se murió.

Nos dejó toda la responsabilidad a mi madre y a mí. ¿Cómo iba entonces a fingirme tonta? ¿Cómo no sacar toda la energía y el intelecto que había en mí?

Tuve que desobedecer a mi padre. Aprendí todo lo que podía aprender entonces una mujer: taquigrafía, mecanografía, corte y confección; hice de modista, dependienta, traductora, telefonista... Si alguien conoce los límites que la vida moderna ha impuesto a una mujer, esa soy yo; porque los he tocado todos con las yemas de los dedos. Hasta que me han dicho "basta"; nunca con esas palabras, siempre sutilmente, pero dejándome claro que, por ser mujer, no puedo avanzar más.

Me aburrí de darme golpes contra las paredes y estudié oposiciones. Saqué toda mi artillería, papá, y las aprobé; ya te dije que no podía hacerme la tonta, ni permitir que me trataran como tal. He sido la primera mujer en hacer muchas cosas. Todas las que me han dejado. Pero ahora no me vale con hacer las cosas para mí; ahora quiero que otras mujeres también puedan opinar, al menos a la hora de votar, a la hora de elegir qué queremos para nuestro país. Quiero que decidamos nuestro futuro entre todos, hombres y mujeres.

No me hice la tonta, papá, y, como tú predijiste, no me casé, pero la factura ha sido mucho más cara. No he sido bien recibida en muchos sitios. Desde luego tampoco en política, ni dentro de mi propio grupo parlamentario, al que al menos puedo agradecer que me dejen ser yo misma, aunque a veces les espante y voten en contra de mis propuestas. No hacerme la tonta, papá, me ha supuesto vivir

aislada. Sin marido, sin amigos, pero también sin amigas. No es la mujer en esto distinta al hombre.

Mira Victoria (por Victoria Kent), cómo me ha dado la espalda, a mí y a todas las mujeres. Por eso no me gusta la política; rompe todo lo que toca. Y para poder hacer un bien, como el que quizás logre hoy, hay que hacer mil males primero.

Vaya. Me estoy dejando llevar por la ira. Meto la cabeza bajo el agua a ver si me tranquilizo. Este gesto mío, mecánico, que me relaja tanto: bajo el agua siento el vacío y el infinito a la vez. Bajo el agua, siempre me siento como si estuviese en el fondo del océano; aunque sea el pequeño encuadre de una bañera de porcelana, aunque fuese una charca. Al sumergir la cabeza, siento paz y plenitud. Como si tuviera a mi alcance los arrecifes de coral de Nueva Zelanda, o si los planetas flotaran en un mundo marino en vez de en la ingravidez del espacio exterior.

Logro relajarme. Menos mal. Sé que no debo dejar que mis pensamientos sigan esos derroteros. Me alteran y si me he dado este largo baño ha sido para relajarme e ir tranquila al Congreso de los Diputados. Salgo de la bañera y me visto despacio. Tengo mucho tiempo por delante. No quiero llegar tarde a una cita tan importante, pero tampoco hacer las cosas deprisa y sin sentido. No tengo que salir de casa hasta dentro de dos horas. Vendrá a recogerme en su coche Vicente, el asesor de mi grupo parlamentario. Ya estoy pensando en Vicente. No me gusta pensar en él mientras me visto. Me parece un momento demasiado íntimo para pensar en un hombre.

Me pongo mi mejor traje negro de dos piezas y una camisa blanca que dejé almidonada y planchada ayer. Luego me preparo el pelo, marco mis rizos haciendo ondas con las tenacillas; me quemó con ellas, como siempre. Vaya, al final resulta que hubo un trabajo de mujeres que nunca intenté: no quise ser peluquera y ahora me toca peinarme para hablar en público y no sé hacerlo.

Me pregunto cómo quedaré en las fotos. Siempre me sacan con mi gesto más arisco. El de una mujer dura... e inteligente. Hoy estará la prensa pendiente de nosotros otra vez. Seremos la gran noticia política mañana. Tendría que haber un terremoto esta noche para no salir en El Liberal, como sucedió el 2 de octubre.

Sobre la mesa camilla está la carpeta con mi intervención escrita. La escribí primero a mano, mil versiones distintas, que taché y modifiqué y cuando logré una versión definitiva, la mecanografié; para darme el gusto. Ahora está perfecta. Una de mis piezas más brillantes. Bien documentada y con una argumentación sólida. No he querido volver a leerla desde ayer. La recuerdo ya casi de memoria, como todo lo que escribo; porque escribo lo que siento, y lo que se siente, no se olvida. Si lo leo ahora me pondré más nerviosa.

Salgo de casa un rato después y no he terminado de bajar la escalera cuando veo el coche allí aparcado. Un Packard Six con la capota bajada. El coche que conduce Vicente. Es siempre puntual. Un gran muchacho. Está fumando un cigarro, entretenido mirando al cielo y a alguna chica al pasar. Paso por detrás del coche hasta la puerta del conductor. No me ve hasta que estoy a su lado.

- “Buenos días, Vicente. Gracias por tu puntualidad”, le digo.
- “Clara, no te he sentido llegar. Retírate, no te dé con la puerta, y bajo a abrirte por el otro lado”.
- “No, no. Muévete tú al otro asiento y déjame conducir. Necesito hacer algo para matar estos nervios”.

Vicente no piensa hacerme caso, pero como sabe que yo tampoco me voy a mover de ahí, da un salto por encima de la puerta del coche y se planta junto a mí.

- “Ni hablar, conduciré yo; no te accidentes en el momento menos adecuado y tengas que dar el parte a la policía en vez de intervenir en el Congreso. Para matar los nervios, te fumas un pitillo”.
- “Visto de esa manera, te haré caso. Dame uno de esos cigarrillos”.

Vicente cierra mi puerta, una vez me he sentado y puesto el cinturón, y luego me pasa un cigarrillo. Hace ese gesto que tanto me turba, sacar un cigarro, ponérselo en los labios y encenderlo con el suyo propio. Luego me lo pasa. Aspiro el humo. Y siento el olor fuerte abriéndose camino hasta mis pulmones. No me gusta el sabor del tabaco. Es fuerte, es molesto pero es lo que necesito.

- “Tengo un sueño recurrente ¿sabes?”, le digo, no sé por qué. “Sueño que muero sola, expatriada. Mi padre me protege desde el cielo, en mi sueño, quiero decir, y me avisa de que moriré sola pero no sufriré. Que el sufrimiento será mi vida, no mi muerte”.



Vicente mira con sorpresa. No sé si por el contenido de mis palabras o por el mero hecho de que se lo diga a él. Pero da una calada más profunda y me indica que siga con un ligero movimiento de cabeza.

- “A veces mi padre me dice que pare, que nada de esto va a compensarme. Luego se queda pensativo, ...mi padre,... en mi sueño,... y me dice que se ha equivocado, que es casi mejor que continúe, porque si no lo hago yo, no lo hará nadie.”
- “Hay que intentarlo”, dice Vicente, según coge la curva. “Yo tampoco conozco a nadie que esté avanzando en esta lucha. No tenemos a las sufragistas manifestándose por las calles como en Londres o en Boston. Tendrás que hacer caso a tu padre”.
- “Hoy, desde luego, ya no es el momento de echarse atrás”, le digo y me echo hacia atrás en plena carcajada. “Pero en realidad ¿para qué luchamos? ¿Qué pasará con nuestros derechos y nuestra democracia si llega la revolución o la guerra? ¿Para qué tanto debate parlamentario si hay tantos que quieren que todo se decida por la fuerza de las armas y no la de las palabras? Y si hay guerra ¿con quién estaré yo? ¿Con quién estarás tú, Vicente? ¿Con los que no nos dejan votar a las mujeres porque dicen que somos tontas y no parimos suficientes hijos republicanos? ¿O con los que sí quieren que votemos pensando que efectivamente somos manejables?”

Vicente se quita la gorra y la echa en el asiento de atrás.

- “Te daré una respuesta unamuniana, que seguro que te gusta: ni con los hunos ni con los otros”.
- “Muy buena posición, muy suiza, como tus orígenes. Pero no es tan fácil ser neutral. Sabes que no nos dejarán serlo. Ya que hablas de Unamuno, ¿sabes que nos apoya? Apoya el voto femenino, no ha podido hacerme más feliz leer su último escrito sobre el tema. Saber que tenemos a la gran mente de España de nuestro lado son las cosas que me ayudan a seguir”.
- “Leí a Unamuno sí, me encanta su epístola donde deja claro que la mujer española va a votar lo que ella quiera, no lo que le diga el cura. Que la española es madre, es protectora, y por eso puede ser que a veces sea conservadora, por conservar todo para sus hijos. Que todo eso hace que España sea una patria. Una tierra de mujeres que luchan por la supervivencia. Por eso, Clara, sabes que no sólo tienes el apoyo de Unamuno, también tienes el apoyo de la razón, que está de tu parte y de la mitad de la sociedad, la que no tiene voz ni voto, nunca mejor dicho” dice Vicente sonriente. “¿Te enciendo otro para celebrarlo?”
- “No”, le digo, consciente de que acabo de apagar el cigarrillo sin terminarlo por puros nervios. “Bueno, quizás sí”, le digo al final.

No lo fumaré pero me encanta el ritual de Vicente cuando me pasa los cigarros encendidos; el pitillo largo y estrecho humeante entre sus dedos largos y finos; su mano firme, que no tiembla cuando me los pasa, y esa pequeña aproximación de su cabeza, involuntaria, como si no fuera suficiente alargar la mano para

pasármelo, sino que primero debe acercar el cigarrillo en su boca. Es un momento íntimo que me ayuda a trasladarme a otros momentos de mi vida y a rebajar la tensión.

Vemos un coche parado en el camino, que me trae a la realidad; alguien está en pleno cambio de rueda, bastante aparatoso.

- “Tuerzo por Fernando III”, dice Vicente “y evitamos el atasco”.
- “Perfecto”, le digo, y sin darme cuenta ya estoy inhalando el tabaco.  
“Espero no acabar llegando tarde en un día tan importante; pero igual adelantaba más andando”.

Los dos sonreímos.

- “Si quieres, paro”, bromea Vicente y me guiña un ojo.
- “No llevo zapato cómodo”, le digo y los dos miramos mis pies involuntariamente. No se lo explico pero tuve que ponerme las botas de tacón porque no era capaz de abrocharme la hebilla de los zapatos. No tengo el buen pulso de Vicente, quizás por eso se lo envidie, y no acertaba a meter la tira por la hebilla.

Vicente sube su mirada de mis pies a mis ojos.

- “Parece increíble que estés así de nerviosa”, me dice, “Y luego subes a la tribuna y hablas con seguridad y firmeza; nadie habla como tú.”
- “¿Eso te parece?”, le digo sorprendida por la sinceridad de sus palabras.

Vicente asiente mientras se enciende otro cigarro; esta vez coge mi cigarrillo encendido de entre mis manos y lo usa para encenderse el suyo. Luego me lo devuelve.

De repente se pone muy sereno y firme y repite el arranque de mi discurso de octubre:

- *“Señores diputados: lejos yo de censurar ni de atacar las manifestaciones de mi colega, señorita Kent, comprendo, por el contrario, la tortura de su espíritu al haberse visto hoy en trance de negar la capacidad inicial de la mujer. Creo que por su pensamiento ha debido de pasar, en alguna forma, la amarga frase de Anatole France cuando nos habla de aquellos socialistas que, forzados por la necesidad, iban al Parlamento a legislar contra los suyos...”*
- “Veo que te lo has aprendido. Me alegra que te gusten mis discursos”, le digo. “¿Sabes que algunos compañeros se burlan de mí? Me preguntan si preparo mis discursos pensando en hacerme famosa, si creo que algún día los leerán mis nietos. Ellos, que salen a la tribuna a decir atrocidades sin arrugarse”.
- “Y tú ¿qué les respondes?” pregunta Vicente, intrigado.
- “Les digo que no sé si tendré nietos para que los lean, pero que por supuesto pasarán a la historia. No te parezca soberbia, Vicente, pero si gano la votación de hoy, claro que tendrá su impacto y su lugar en la historia. El día 1 de octubre ya tuvo muchísimo eco, pero si hoy les vuelvo a ganar, ya nadie parará el sufragio femenino”.

- “No lo había pensado así, pero tienes razón”, dice meditabundo Vicente.  
“Y yo aquí haciendo de chófer mientras tú cincelas tu nombre en letras doradas junto al de Isabel la católica y las grandes mujeres de la historia. Me quitaría el sombrero por ti, Clara, pero lo he tirado hace un rato al asiento de atrás”.

Los dos reímos. Vicente siempre logra romper la tensión en cualquier situación.

- “No te minusvalores”, le digo. “Sabes que sin ti, este grupo parlamentario no sería nada”.
- “A veces me siento como el chico de los recados”.
- “Bienvenido al club. Así me he sentido yo toda la vida”, le respondo.
- “¿Por eso te muestras tan herida y resentida?”.

Lo miro sorprendida, aunque él sigue con la mirada al frente, pendiente del tráfico. Con Vicente nunca hay una conversación fácil, pero ha elegido un tema muy delicado en un día como hoy.

- “Seguramente trascienda mi rencor. Pero yo no soy así; olvido antes de que me hagan la afrenta siguiente. Quizás por eso siempre me llevo malas sorpresas”.

Hago una breve pausa, después le digo:

- “Me sorprende que me quieras tanto cuando tienes tan mala opinión de mí”

Vicente ríe. No va a responder y yo lo sé. Esta vez he sido yo la que ha cruzado la línea roja.

- “Te diré por qué estoy nerviosa. Me lo has preguntado antes. No es porque piense que voy a perder. Al contrario. La moción que han presentado sólo refleja su mal perder; tratan de pulverizar mi triunfo, pero no lo conseguirán. Las derechas no van a votar en contra. Ya votaron una vez a favor. Quizás abandonen el hemiciclo para no caer en la trampa de mezclar la votación con asuntos eclesiásticos, pero no votarán en contra. Sé que he ganado. Es por eso por lo que estoy nerviosa, por lo relevante que es lo que voy a ganar. Porque es un triunfo tan grande que nadie me lo va a perdonar. Porque todas las mujeres de España van poder ir a votar, o quedarse en casa si lo prefieren, pero eligiendo libremente. Eso es lo que voy a conseguir. Por encima de la propia Victoria Kent, que se llevará la derrota que no promete su nombre.”

Vicente se muestra abrumado. También para él es el triunfo y la responsabilidad. Es una de las pocas personas que siempre ha estado a mi lado. Ahora tiene que digerir cómo va a cambiar nuestras vidas.

- “Ya hemos llegado”, dice, echando el freno de mano con el motor aún encendido. “Te ayudo a bajar y me voy a aparcar”.

Mientras habla, vuelve a saltar por encima de su puerta cerrada y en un segundo está abriendo la mía. Cuando me extiende la mano, la toco con la mano cubierta con mis guantes negros y él sujeta mi muñeca. Unos años después, cuando Vicente esté a punto de morir en las primeras revueltas de la guerra civil, me dirá

que nunca logró olvidar el tacto de esos guantes confundidos con la piel de una mujer.

Ciertamente noté que él se entretenía acariciándome con las yemas de sus dedos. Yo lo besé imperceptiblemente en la mejilla. Lo he querido de verdad, pero no encontré lugar para él en mi vida. Quizás fuese mi padre quien me protegía en ese momento, evitando que me enamorara de alguien que perdería tan joven su vida. Su muerte y la de otros amigos sería lo que me convenciera para huir de España. Pero ese momento aún quedaba lejos.

- “Ya no te veo hasta después de la votación”, le digo.
- “Sé que vas a ganar. Lo celebraremos juntos”, dice Vicente, según toca el claxon y se aleja, agitando su gorra al aire. Ha debido de recuperarla del asiento de atrás y yo ni me he enterado.

Entro en el Congreso y de repente me siento pequeña. Sin querer busco la huella de la caricia de Vicente en mi muñeca y me aferro a ella. Hoy más que nunca necesito sentir el apoyo de los amigos, de la familia. Como un *flash* me vuelve una imagen de mi piel mojada, blanca y húmeda en la bañera de porcelana. Tengo otra vez la cabeza hundida bajo el agua, borrando mis vulnerabilidades, dejando caer mi escudo, derribando mis barreras, para luego emerger del agua con todas mis fuerzas.

“Venga, Clara, mantén tu fortaleza. Hoy es tu día”, es la voz de mi padre que me habla. Yo quisiera decirle a mi padre lo que Jesús le dijo al suyo, “retira de mí este cáliz, ya no deseo su amargura, ahora quema y no sé por qué he empezado”.

Sí, tenía fe cuando comencé y también ahora; mi fe es inquebrantable. Fe en ganar ese espacio para las mujeres; fe en dejar de pedir permiso para todo, fe en dejar de estar parada porque no te dejan avanzar. Lo haré por mí misma, por mi madre, por las viudas, por la niña chica; por acabar con las injusticias, la desigualdad y la inequidad. Esto es lo que me lleva a aguantar todo lo que me echen encima, a padecerlo todo y a no disfrutar con nada.

El 1 de octubre había ganado la votación holgadamente, 161 síes frente a 121 noes. El 1 de diciembre la diferencia fue mucho más ajustada, solo gané por 4 votos, por la ausencia de la derechas, que se fueron de la sala como había previsto; pero también logré la victoria. No pudieron jugármela los hunos y los otros, aunque lo intentaran. Porque de mi lado no sólo estaba la razón, también estaba mi conocimiento del parlamentarismo. Y al día siguiente la prensa lo reflejó en toda su dimensión (en el futuro lo verás en el magnífico mural de la sala Clara Campoamor en el Senado de España).

La mente de Clara vuelve a Lausana, a 1958, a su compañera y amiga, María Telo.

- “Mi vida es, ha sido, María, una vida dedicada a una causa, como un fraile o un eremita. Sin otra vida, sin otro objetivo, sin prever todas las carencias que nos esperaban por delante, enemigos y una España llena de muertos. Y yo huyendo a Suiza, a Argentina, vuelta a Suiza; huyendo de los hunos y de los otros.



¡Qué dura es la ausencia, qué dura la voluntad y qué dura la marcha hacia adelante cuando querrías escapar de todos y esconderte en una cueva!  
¡Qué duro también saber que tendría que haber rechazado a Vicente aunque no hubiese fallecido! Vicente, o Vicenta, ya nunca recuerdo la verdad, de tanto fingir, pero qué más da. A todos tuve que renunciar. Aunque hubiesen apoyado su cabeza en mi regazo y hubiese sentido su calor y la seda de su cabello negro, como el día que me despedí de él, de ella; rompiendo sus esperanzas en el intento. En el día de mi despedida le dije:

- “Ya sabes cuál es mi lema; lo copié de un cantador a quien escuché alguna vez: *“Que ser cobarde no valga la pena, que ser valiente no salga tan caro<sup>1</sup>”*.
- “Esa es aún mejor que la frase que le gustaba a Maura”, me respondió. Y se alejó sin más, porque no le valía la pena ser cobarde, y le salió muy caro ser valiente.”

- “Así nos despedimos, María. Vicenta iría a un mundo mejor y yo me dedicaría a huir de España y sobre todo a huir de mí misma. Sigo con la esperanza, aunque tú no me das mucho consuelo, de que la dictadura acabe y pueda volver a mi patria. Si hasta vais a llevar a las comunistas al próximo

---

<sup>1</sup> Nos permitirá el gran Joaquín Sabina esta anacronía, más típica del Ministerio del Tiempo que de un relato parlamentario.

congreso de mujeres juristas (un disparate, por cierto, desde mi punto de vista). Si van ellas a España, ¿cómo no voy a volver yo?”.

-----

## **Epílogo**

Clara Campoamor, o para usar su nombre de nacimiento, Carmen Eulalia Campoamor Rodríguez, murió en Lausana en 1972 a los 84 años de edad. No pudo volver a España y murió en el destierro; olvidados sus méritos hasta que el feminismo de los noventa recuperó su nombre y lo asoció a su gran logro, el sufragio universal en España. Poco sabemos de su vida personal, a pesar de que en su obra aporta muchos datos biográficos profesionales. En este relato hemos querido novelar un día en la vida de Clara, el día en que venció a los grupos parlamentarios que trataban de dar marcha atrás a su victoria a favor del voto femenino lograda unas semanas antes, el día 1 de octubre de 1931. En la votación del 1 de diciembre de 1931 se intentaba limitar el derecho al voto a las elecciones municipales, en vez de ejercer el voto en las elecciones generales como se había aprobado. Pero Clara venció también la segunda votación. Ese fue su gran logro, alcanzado no tanto por la voluntad de los grupos políticos como por su hábil uso de las mayorías parlamentarias. Una lección de política que le valió, con el paso de los años, una vida de destierro. Con este relato vuelve una vez más a los pasillos del Congreso, viva en nuestra memoria.